



LA EUCARISTÍA

NECESIDAD DEL CORAZÓN DE JESÚS

*Desiderio desideravi hoc
Pascha manducare vobis
cum.*

«He deseado con ardiente deseo comer esta Pascua con vosotros.»

(Luc., XXII, 15.)

LA Eucaristía es algo superabundante á la obra de la Redención; ella no era pedida á Jesucristo por la justicia de su Padre.

La Pasión, el Calvario, bastaban para reconciliarnos con Dios y abrirnos las puertas de la casa paterna.

¿Por qué, pues, Nuestro Señor instituye la Eucaristía?

La instituye para él, para satisfacerse á sí mismo, para contentar su Corazón.

Así considerada la Eucaristía, es la cosa más divina, más tierna y amorosa; su carácter, su naturaleza, viene á ser entonces la bondad, la ternura expansiva.

Aun cuando nosotros no hubiésemos tenido que aprovecharnos de ella, Jesucristo tenía necesidad de instituir la Eucaristía. Y esto por tres razones,

I

Primeramente, porque era nuestro hermano. Jesucristo deseaba satisfacer su afecto fraternal para con nosotros.

Ningún afecto es más vivo, ningún amor más expansivo que el amor fraternal; la amistad requiere la igualdad, la cual nunca es tan perfecta como entre hermanos.

Ahora bien, el amor fraterno de Jesús está por encima de todo lo que pudiera imaginarse.

La Escritura dice que el alma de David estaba pegada á la de Jonatás, y que las dos constituían una sola; pero por estrecha que sea la unión de dos hombres, queda siempre en cada uno de ellos un principio de egoísmo: el orgullo. En Jesucristo nada que á esto se parezca; nos ama absolutamente, sin que este amor recaiga sobre Él mismo.

Que respondamos ó no á este amor, no importa; Él nos ama y persigue con intensísimo afecto.

Ahora bien, un hermano desea ver á su hermano, vivir con él; Jonatás sufría acerbamente lejos de David.

Y así, á Jesucristo le apenaba la idea de tener que abandonarnos; deseaba hallarse siempre á nuestro lado, para repetirnos de continuo: ¡Sois mis hermanos!

¡Cuán tierna es esta palabra! Ninguna otra cualidad de Jesús se compadece con la amistad. Considerándolo desde otros puntos de vista, veremos en Jesús al bienhechor, al Salvador; pero nunca como aquí encontraremos la amabilidad dulce y familiar.

La Eucaristía pasa el raso sobre todos los hom-

bres y produce la verdadera igualdad: sólo á la salida del templo encontraremos ya dignidades, jerarquía; pero en la Mesa de Jesús, nuestro hermano mayor, todos somos iguales.

¡Cuán impropio es, pues, al acercarse á comulgar, no pensar sino en la majestad, en la santidad de Nuestro Señor! Esto es bueno cuando se medita algún otro misterio; pero tratando de la Eucaristía, acerquémonos lo más posible á Jesucristo, para que haya ternura y expansión.

II

Quiso además Jesús permanecer entre nosotros por ser nuestro Salvador; y esto no sólo para aplicarnos los méritos de la Redención, pues hay otros medios para ello, tales como la oración, los Sacramentos, etc.; sino para gozar de su título de Salvador y de su victoria.

Un hijo, salvado por su madre de un gran peligro, es doblemente amado. Nuestro Señor Jesucristo, á quien tanto hemos costado, tenía necesidad de amarnos con amor muy tierno, para consolarse de los sufrimientos del Calvario.

¡Ha hecho tanto por nosotros! El nos ama en la medida de los sacrificios que le ha costado nuestro rescate. Y este rescate le ha costado infinitamente. ¡Pues bien, no abandona uno fácilmente á aquellos á quienes ha salvado! Habiendo expuesto la vida por ellos, los ama como á su propia vida, y goza en ello una satisfacción, una complacencia indescriptible.

¡Nuestro Señor Jesucristo ciertamente tiene, por lo menos, el corazón de una madre! Hubiese preferido dejar á los ángeles que abandonarnos á nosotros.

Jesucristo, pues, necesita volvernó á ver. Dos amigos de campamento que se encuentran después de largos años, no saben cómo manifestarse su alegría.

Se hace un largo viaje para ir á ver á un amigo, sobre todo á un amigo de la infancia; y Nuestro Señor Jesucristo ¿no tendrá estos buenos y delicados sentimientos? ¿Por qué razón?

Jesucristo tiene también sus heridas en la Eucaristía; El las ha guardado, son su gloria y su consuelo; estas heridas le ponen de manifiesto todo el amor que tuvo por nosotros.

¡Y qué placer se le proporciona cuando se acude á darle gracias por sus beneficios, por sus sufrimientos! ¡El instituyó en gran parte la Eucaristía para que los fieles vayan á consolarle de sus dolores, de su pobreza, de su cruz; El llega hasta mendigar la compasión y la correspondencia á tanto amor!

Si, Jesucristo debe estar con aquellos á quienes ama, y estos tales somos nosotros por habernos salvado.

III

Finalmente, Jesucristo quiere vivir con nosotros y atestiguar su inmenso amor en la Eucaristía, porque su divino Padre nos ama infinitamente. Tiene necesidad de pagar á su Padre la deuda de amor que nosotros hemos contraído con El.

Algunas veces se siente uno poseído súbitamente de afecto hacia cualquiera persona á quien no conocía y á quien jamás había visto; un rasgo, un recuerdo, una circunstancia cualquiera nos trae á la memoria á un amigo querido; y engéndrase en

nosotros la simpatía hacia aquel que hace revivir en nuestra mente al amigo perdido. También nos inclinamos á amar al amigo de nuestro amigo, sin conocerle, y únicamente por gozar de la amistad y confianza de nuestro amigo. Esto se explica fácilmente: nuestro corazón, al querer al amigo, ama instintivamente todo aquello que está en contacto con él.

Lo mismo ocurre con Jesús. El Padre nos ama; y Jesucristo, que ama á su Padre, nos amará por causa de él, independientemente de cualquiera otra razón. Esto es una necesidad para el Hijo de Dios; El no puede olvidar á aquellos á quienes ama su Padre.

Volvamos, pues, los términos de la cuestión y digamos á Jesucristo Nuestro Señor :

¡Oh Dios mío! Os doy gracias por haber instituido la Eucaristía para mi bien; pero, dulce Salvador mío, Vos me debéis el haber podido establecerla; yo he sido la ocasión para ello. Si os gozáis, si os halagan los títulos de Salvador, de hermano, yo soy la causa ocasional de esos títulos. Aún habéis de favorecerme, habéis de salvarme todavía. A nosotros debéis Vos el hermoso nombre de hermano.

Por lo demás, Nuestro Señor Jesucristo mendiga adoradores; su gracia vino á buscarnos. ¡Nuestro Señor, pues, nos deseaba, tenía necesidad de nosotros!

Para su Exposición necesita adoradores, de otro modo no sale del Tabernáculo.

En la Misa, se necesita por lo menos de un ayudante que represente al pueblo, á los fieles; nosotros damos á Jesús las condiciones de su realeza.

Escudriñad, meditaed este pensamiento; esta idea

os elevará, os ennoblecerá, excitará en vosotros inmensos deseos de amor, y os hará recordar que no-bleza obliga.

Y decid frecuentemente á Jesucristo con una santa libertad :

¡Sí, mi Dueño y Señor, algo nos debéis!



LA EUCARISTÍA

Necesidad de nuestro corazón.

Fecisti nos ad te Deus!

«¡Oh Dios mío, has hecho nuestro corazón para Ti.»

(SAN AGUSTÍN.)

Por qué está Jesucristo en la Eucaristía? Muchas contestaciones podrían darse á esta pregunta; pero la que las resume todas es la siguiente: porque nos ama y desea que le amemos. El amor, he aquí el motivo de la institución de la Eucaristía.

Sin la Eucaristía, el amor de Jesucristo no sería más que un amor muerto, un amor que ya pasó, que bien pronto olvidáramos y por cuyo olvido apenas si seríamos culpables. El amor tiene sus leyes, sus exigencias; sólo la Eucaristía satisface plenamente á ellas: por ella Jesucristo tiene perfecto derecho á ser amado, por cuanto en ella nos ha demostrado un amor infinito.

Ahora bien, el amor natural, tal y como Dios lo ha puesto en nuestros corazones, requiere tres cosas:

La presencia del ser amado, la comunidad de bienes, la unión perfecta.

I

El dolor de la amistad, su tormento, es la ausencia. El alejamiento debilita la más firme amistad, y de prolongarse mucho, acaba con ella por completo.

Si Nuestro Señor Jesucristo se hubiera ausentado, alejado, nuestro amor hacia Él hubiese experimentado el efecto natural de la ausencia. Se halla en la naturaleza del hombre y de su amor el reclamar, para vivir, la presencia del objeto amado.

Fijaos en los pobres Apóstoles, mientras que Nuestro Señor está en el sepulcro. Los discípulos de Emmaus lo confiesan, casi han perdido la fe: ya no tienen á su buen Maestro.

¡Ah! ¡Si Nuestro Señor Jesucristo no nos hubiese dejado otra prenda de su amor que Belén y el Calvario, pobre Salvador! ¡Cuán pronto le hubiésemos olvidado! ¡Qué indiferencia se hubiese apoderado de nosotros!

El amor quiere ver, oír, conversar, tocar.

Nada hay que pueda reemplazar á la persona amada, ni recuerdo, ni obsequios, ni retratos: todo esto no tiene vida.

¡Jesucristo lo sabia bien! Nada hubiese podido reemplazar á su Persona. Era necesario que permaneciese entre nosotros Él mismo.

¿Pero y su palabra? ¡No, su palabra no es ya vibrante; nosotros no oímos ya más sus acentos, tan conmovedores en la boca del Salvador!

¿Y su Evangelio? Es un testamento.

¿Los Sacramentos no dan vida, no comunican gracia? ¡Si, pero necesitamos al autor de la vida para conservar esta vida en nosotros!

¿La cruz? ¡No, sin Jesús contrista el alma!

¿Pero y la esperanza? ¡Es la agonía sin Jesús!

¡Los protestantes tienen todo esto, y cuán frío es el protestantismo! ¡Qué atmósfera de hielo lo cubre por todas partes!

¿Habrá querido Jesús reducirnos á este estado tan triste de vivir y combatir sin Él?

¡Oh! ¡Seríamos muy desventurados si Jesús no se hallase presente entre nosotros! ¡Desterrados y solos sobre la tierra, obligados á privarnos de los bienes terrenales, de los consuelos de la vida, en tanto que el mundano lo tiene todo á pedir de boca: la vida en tal caso sería insoportable!

¡Pero con la Eucaristía! Con Jesús en medio de nosotros, frecuentemente bajo el mismo techo; allí siempre, tanto de noche como de día; accesible á todos, y esperándonos en su casa, siempre abierta; admitiendo á los pequeños, é invitándonos con marcada predilección: con todos estos atractivos fuerza es confesar que la vida se hace menos amarga. Jesús en la Eucaristía representa al buen padre en medio de sus hijos; la Eucaristía simboliza la comunidad de vida con Jesús.

¿Cómo nos engrandece y eleva esta sublime sociedad! ¡Y qué facilidad en las relaciones de dicha sociedad, en las apelaciones al cielo y al mismo Jesucristo en persona!

Esta es la dulce compañía de la amistad sencilla, amorosa, familiar é íntima.

¡Esto, esto era necesario!

II

El amor requiere la comunidad de bienes, la posesión en común. Quiere compartir la felicidad y la adversidad. Está en su naturaleza, en su instinto, el darlo todo con gran alegría, con la mayor complacencia.

¿No veis, pues, cómo Jesucristo en el Santísimo Sacramento da con profusión, con prodigalidad, sus méritos, sus gracias y hasta su misma gloria? ¿Cuán dispuesto está siempre para dar! ¿Se ha negado jamás á prodigar sus mercedes?

El se da á sí mismo siempre y á todos sus hijos.

El cubre el mundo de Hostias consagradas. Quiere que le posean todos sus fieles. En el desierto quedaron todavía doce canastos sobrantes de los cinco panes multiplicados: es necesario que todos participen de este pan.

Jesús-Eucaristía quisiera cubrir el mundo con su nube sacramental, fecundizar todos los pueblos con las aguas de vida que irán á perderse en el océano de la eternidad, pero sólo cuando hayan apagado la sed y confortado al último de los elegidos.

Jesús sacramentado es, pues, de nosotros, todo nuestro.

III

La tendencia del amor, su objetivo final, es la unión de aquellos que se aman, la fusión de dos en uno, de dos corazones en un solo corazón, de dos espíritus en un solo espíritu, de dos almas en una sola.

Oid á una madre que estrechando al hijo sobre su pecho, le dice: «¡Me lo como!»

Jesús se sujeta también á esta ley del amor que Él mismo ha establecido. Después de haber compartido nuestro estado, nuestra vida, se da en comunión, se hace una cosa con nosotros.

Unión divina de las almas, siempre más perfecta y cada vez más íntima, según la intensidad mayor ó menor de nuestros deseos. *In me manet et ego in eo.* Nosotros habitamos, permanecemos en Él, y Él permanece en nosotros. En Él vivimos, nos movemos y somos, hasta que se consume en el cielo, en la unión eterna y gloriosa, esa unión inefable comenzada aquí abajo por la gracia y perfeccionada por la Eucaristía.

El amor vive, pues, con Jesús, presente en el Santísimo Sacramento. Comparte todos los bienes de Jesús. Se une á Jesús.

Las exigencias de nuestro corazón están satisfechas; nuestro corazón no podría pedir más.





LA EUCHARISTÍA

Y LA GLORIA DE DIOS

*Ego honorifico Patrem
meum.*

«Yo honro á mi Padre.»

(JOANN., VIII, 44.)

NUESTRO Señor no sólo quiso permanecer en la tierra por su gracia, su verdad, su palabra, quiso también quedarse en persona. Nosotros poseemos al mismo Jesucristo que vivió en Judea, aunque bajo otra forma de vida. Ha tomado una vestidura sacramental, pero es siempre el mismo Jesús, el propio Hijo de Dios é Hijo de María.

La gloria de Dios, que Jesucristo buscaba con preferencia en la tierra, constituye también el objeto de todos sus deseos en el Sacramento: puede decirse que Jesucristo se revistió del estado sacramental para continuar honrando y glorificando á su Padre.

I

El Verbo divino, por su Encarnación, reparó, restauró la gloria del Creador, manchada en la creación por la caída del primer hombre, por el orgullo.

Por esta obra, el Verbo se humilló hasta unirse á nuestra naturaleza humana; descendió á María y se anonadó, revistiéndose de la forma de esclavo.

Después de haber pagado el rescate del hombre; habiendo dado á Dios, por los actos de su vida, una gloria infinita, y cuando hubo purificado la tierra con su presencia, se remontó glorioso al cielo: su obra estaba terminada.

¡Hermoso día para el cielo el de la Ascensión triunfante del Salvador!

Pero día triste, tristísimo para la tierra, aquel en que vió alejarse á su Rey, á su Reparador. ¿No deberá temerse que muy presto, por lo que se refiere á las cosas del cielo, sea tierra de recuerdo, luego de olvido, y tal vez de cólera y tempestades?

¡Es cierto que Jesús dejará á los hombres su Iglesia, la sociedad de los buenos y santos Apóstoles; pero éstos no son el divino Maestro! Habrá también en ella santos que imitarán á Jesús, su modelo; pero, al fin y al cabo, éstos no son sino hombres como los demás, débiles, imperfectos, que pueden mientras en la tierra se hallan, caer en los profundos abismos de la culpa.

Si pues la reparación obrada por Jesucristo, si la gloria conquistada á su Padre con sus trabajos y sufrimientos se deja en manos de los hombres, ¿no habrá motivo para temer que peligré?

¡No, no, no se abandona así un reino conquistado á costa de sacrificios inauditos, á costa de la encarnación y muerte de un Dios!

No se expone así á riesgos tales la ley divina del amor.

II

¿Qué hará, pues, el Salvador?

Permanecerá sobre la tierra. Continuará su oficio de adorador y glorificador de su Padre. Se constituirá asimismo en Sacramento de la gloria de Dios.

¿Veis á Jesús sobre el altar, en el Tabernáculo?

Allí está; ¿qué hace?

Adora á su Padre, le da gracias y prosigue su oficio de intercesor para con los hombres. Se hace víctima de propiciación, hostia de reparación de la gloria de Dios ultrajado. Permanece sobre su Calvario místico, repitiendo aquella su sublime palabra: *¡Padre, perdónalos!* ¡Yo os ofrezco por ellos mi sangre, mis llagas!

Se multiplica por todas partes, dondequiera que haya que expiar. En cualquier sitio donde se establezca una familia cristiana, allí va Jesús á formar con ella sociedad de adoración, y á glorificar á su Padre adorándole y haciéndole adorar en espíritu y en verdad.

Dios Padre, satisfecho y glorificado cuanto merece, exclama: ¡Mi nombre es grande entre las naciones; pues desde el amanecer hasta el ocaso del sol se me ofrece una hostia de olor agradable!

III

Mas, ¡oh maravilla de la Eucaristía! Jesús, por su estado sacramental, rinde á su Padre un homenaje nuevo, tal como el Padre no le había recibido jamás de criatura alguna; un homenaje, por decirlo así,

mayor que todo cuanto pudo hacer el Verbo encarnado sobre la tierra.

¿Y cuál es este homenaje extraordinario?

¡Es el homenaje del Rey de gloria, consumado en el poder y la majestad del cielo, que viene en el Sacramento á inmolar á su Padre, no solamente su gloria divina, como en la Encarnación, si que también su gloria humana, las cualidades gloriosas de su Humanidad resucitada!

No pudiendo en el cielo honrar á su Padre con el sacrificio de su gloria, Jesucristo desciende nuevamente á la tierra, se encarna de nuevo sobre el altar, y el Padre celestial puede contemplarle todavía pobre como en Belén, aunque continúe siendo el Rey del cielo y de la tierra.

Humilde y obediente como en Nazareth.

Sujeto no sólo á la ignominia de la cruz, si que también á la comunión sacrilega; sometido á sus enemigos, á sus profanadores.

Dulce Cordero que no exhala la menor queja.

Tierna Víctima que no sabe murmurar.

Buen Salvador que no se venga.

Mas, ¿por qué? ¿Para qué todo esto?

Para glorificar á Dios, su Padre, por la continuación mística de las más sublimes virtudes; por el sacrificio perpetuo de su libertad, de su omnipotencia y de su gloria, cohibidas, refrenadas por su amor en el Sacramento hasta la última hora del mundo.

Jesucristo, aquí en la tierra, contrabalanceando con sus humillaciones el orgullo del hombre y rindiendo á Dios una gloria infinita, ¡qué espectáculo para el Corazón de Dios! ¿Qué razón más poderosa para demostrar la presencia eucarística que el amor de Jesucristo á su eterno Padre?



EL ESPOSO DIVINO DE LA IGLESIA

Christus dilexit Ecclesiam... sponsam...

«Jesucristo amó á la Iglesia, á la que hizo su esposa inmaculada.»

(EPHES., V, 25.)

I

QTRA de las razones para la institución de la Eucaristía es el amor de Jesucristo á su Iglesia.

Nuestro Señor Jesucristo, habiendo descendido del cielo para formar su Iglesia, para fundarla, muere por ella sobre la cruz. De su costado abierto sale juntamente con la sangre y agua que de allí se escapan, nueva Eva formada del cuerpo del segundo Adán. Todas las acciones, todos los sufrimientos de Jesucristo tuvieron por objeto adquirir para su Iglesia un tesoro infinito de gracias y méritos, de que ella pudiese disponer en favor de sus hijos.

La Iglesia es la heredera de Jesucristo.

Mas si Jesús debe remontarse al cielo después de su Resurrección, contentándose con dejar á la Iglesia depositaria de su verdad y de sus gracias, la Iglesia,

aquí en la tierra, será una esposa enlutada, que llorará por la ansiada presencia de su Esposo divino.

Esto no puede ser así. Tal cosa sería indigna del poder y del amor del Salvador.

Jesús quedará con su Iglesia para ser su vida, su poder, su gloria.

II

La vida de una esposa privada de su esposo no es ya vida, es la agonía, el duelo. Mas al lado de su esposo, la esposa es grande y fuerte, su espíritu se siente gozoso; ella posee el corazón de su esposo, y se considera feliz consagrándose por completo á su servicio.

Tal es la Iglesia con respecto á la Eucaristía.

La Eucaristía es el objeto de su amor, el centro de su corazón, la felicidad y la alegría de su vida.

Ella vela noche y día por sus hijos, á los pies del Dios del Tabernáculo, para honrarle, amarle y servirle; la Eucaristía es el móvil, el fin de todo su culto; es el alma, la esencia de este culto, y sin la Eucaristía el culto cesaría, falto de razón de ser.

Así es que las sectas protestantes, que no gozan del Esposo divino, abandonan todo culto exterior como superfluo é inútil.

III

Por la Eucaristía es la Iglesia poderosa y fecunda; sus hijos son innumerables y se extienden por toda la superficie de la tierra: cada día sus misioneros le atraen nuevas gentes á su redil; la Iglesia debe ser la madre del género humano.

Mas, ¿de dónde dimana su fecundidad? ¿Nace del bautismo, de la penitencia? Indudablemente que estos sacramentos dan la vida ó la restituyen; pero ¿qué serían estos hijos que acaban de nacer en las aguas de la regeneración divina?

Hay que alimentarlos, que educarlos.

Poseen en si mismos el germen de Dios; pero hay que desarrollarlo, que hacerlo crecer. Pues bien, la Eucaristía es el medio de que se vale la Iglesia para formar á Jesucristo en sus hijos.

La Eucaristía es el Pan vivo con que conserva su vida sobrenatural.

Por la Eucaristía los educa; pues allí solamente es donde las almas encuentran la abundancia de luz y de vida, la fuerza, el vigor de todas las virtudes.

Agar, en el desierto, lloraba por no poder refrescar y alimentar á su hijo, que iba ya á perecer de inanición.

La Sinagoga y las sectas protestantes son esta madre incapaz de satisfacer las necesidades de sus hijos; éstos piden pan y no hay nadie que se lo dé.

Mas la Iglesia recibe cada mañana el pan del cielo para cada uno de sus hijos: hállalo para todos: *Quantum isti, tantum ille.*

Y este es el pan de los ángeles, el pan de los reyes; por esto sus hijos son hermosos como el pan que los nutre. Son fuertes, pues han sido saciados con el trigo de los elegidos; tienen el derecho de sentarse cada día al banquete regio; en la Iglesia están siempre dispuestas las mesas, y ella los invita y estimula para que vayan á reparar y acrecentar en ese festín las fuerzas y la vida sobrenatural que necesitan.

IV

La Eucaristía es la gloria de la Iglesia.

Jesucristo, su Esposo, es Rey; es el Rey de la gloria. Su Padre colocó sobre su cabeza una corona esplandeciente. Mas la gloria del esposo es también la gloria de la esposa; y la Iglesia, á semejanza del hermoso astro de la noche, refleja los rayos divinos del Sol de la gloria.

La Iglesia, ante el Dios de la Eucaristía, es hermosa en los días de fiesta de su Esposo, adornada con sus vestiduras de honor, cantando himnos solemnes, convidando á todos sus hijos á que se reunan para honrar al Dios de su corazón.

Cifra su dicha en dar gloria á su Rey y á su Dios; oyéndola y viéndola, créese uno transportado á la Jerusalén celestial, donde la corte angélica glorifica, en sempiterna fiesta, al Rey inmortal de los siglos.

Aparece como triunfante el día de la fiesta de Dios (llamada del *Corpus Christi* entre nosotros), cuando se ostenta en largas procesiones, cortejo del Dios de la Eucaristía; avanza entonces la Iglesia como ejército en orden de batalla, acompañando á su jefe; y entonces también, Reyes y pueblos, pequeños y grandes cantan la gloria del Señor, que estableció su morada en medio de la Iglesia.

El reinado de la Eucaristía es el reinado de la Iglesia, y allí donde está olvidada la Eucaristía, la Iglesia no tiene sino hijos infieles, y bien pronto llorará una total ruina.



EL DIOS OCULTO

Vera tu es Deus absconditus Deus Israel Saluator!

«Tú eres verdaderamente el Dios escondido ¡oh Salvador, Dios de Israel!»

(Isa., XLV, 15.)

QUE el Hijo de Dios haya amado al hombre hasta hacerse hombre, se comprende; el Creador debía tomar con interés el reparar la obra de sus manos.

Que el Hombre-Dios muriese sobre la cruz, se comprende también por un exceso de amor.

Pero lo que ya no se comprende, lo que espanta á los débiles en la fe y escandaliza á los incrédulos, es que Jesucristo glorioso, coronado, después de haber terminado su misión aquí en la tierra, quiera todavía quedarse entre nosotros, y en un estado más depresivo, más humillado, más anonadado que en Belén y aun que en el Calvario.

Levantemos con respeto el velo misterioso que envuelve al Santo de los Santos, y tratemos de comprender el exceso de amor que nos manifiesta el Salvador.